

con el fuego del santo amor de Dios, la otra que siempre humea de altivez con el deseo desordenado y el amor inmundo á elevarse; pero Dios resiste á los soberbios: una vive en el cielo, y otra anda sublevando contra Dios los corazones mortales. Una que segun lo dispone la Providencia nos favorece ó nos castiga: otra se deshace de soberbia por hacernos daño. Si no quieren, dice el Santo, entender así este lugar *separavit lucem à tenebris*, por la analogía que observo entre esta luz material y los ángeles buenos, me consuela que por esto no me he separado de la verdad christiana: lo que pretendo es que no se entienda que el hombre de Dios dotado de sabiduría divina omitió los ángeles, que son una obra tan admirable, sino que los crió con el cielo ó quando la luz; aunque hay algunos que juzgan que su creacion se ha de entender en aquellas palabras, hágase el firmamento entre las dos aguas; y así ponen los ángeles

sobre el firmamento, y la especie humana debaxo en la parte inferior. Pero tengo por impiedad que se diga que Dios no crió las aguas, porque componiendo estas un mismo globo con la tierra quando dixo crió la tierra, tambien debe entenderse el agua; y mas quando está escrito *suyo es el mar, y él le hizo &c.* Ya hemos disputado lo conducente acerca de las dos suertes de ángeles buenos y malos, para encontrar ciertos principios de las dos ciudades que se descubren en las cosas humanas, de las que hablaré en adelante.

## TOMO SEPTIMO.

## LIBRO XII.

CAP. I, II y III. Va probando que son dos las compañías que forman las dos contrarias ciudades, una de los ángeles buenos con los hombres buenos, y otra de los ángeles malos con los hombres malos: advirtiendo que no es la natu-



raleza la que es mala en los ángeles ni en los hombres, sino la malicia con que la han afeado por su mala voluntad, quando pagados de su excelencia se deleytaron en ella hasta querer ser su propio bien por su soberbia, y no quisieron reconocer que solo Dios es el bien de los que se unen con él siguiendo la divina voluntad, pues ninguna criatura racional puede ser feliz por sí misma: esto es propio de solo Dios, que es bien inmutable y sumo; pero lo grande de la criatura consiste en que puede unirse con el bien inmutable, y uniéndose será feliz con el mismo bien. Si la naturaleza en los malos fuera mala, no seria reprehensible en ellos el vicio por el qual son malos: ahora se reprehende porque libremente con el vicio malo afean la naturaleza buena: así como la ceguera y la sordera son vicios de los ojos y los oidos, pero en sí eran buenos estos dos órganos antes de viciarse. El que se quiera con-

vencer mas de esta verdad atienda á la definicion de Dios, *Yo soy el que soy*; esto es, yo tengo el ser, y aunque se le he dado á las criaturas, no las di el ser infinito y sumo; á unas di mas, á otras menos, y por consiguiente participando el ser de mí, ninguna puede tener ser contrario á mí. Lo único que es contrario al sumo ser es el no ser ó el ser nada. Pero no se entienda que los que se llaman enemigos de Dios por su vicio le pueden dañar: el mal no es para Dios, es para ellos; pero el mismo recibir daño de los vicios las naturalezas de los ángeles y los hombres, prueba que en sí eran buenas; porque lo que no fuera bueno antes del vicio, no podria recibir daño de este. El vicio no puede hallarse en el sumo bien, y sí en otra naturaleza buena; por lo qual en Dios se halla todo bueno, y en ninguna parte se halla todo malo: las naturalezas pues de las criaturas intelectuales en quanto naturalezas son



buenas, en quanto viciadas se hacen malas. El vicio con la costumbre se hace como natural en las naturalezas que distinguen entre lo justo é injusto; pero siempre fue la mala voluntad el principio del vicio.

CAP. IV y V. Las criaturas irracionales deben faltar para que otras las sucedan; nosotros vemos que algunas nos ofenden; pero somos incapaces de conocer cómo sirven todas á la hermosura del universo; y así en lo que no alcanzamos la providencia del Criador, se nos manda que creamos para que la soberbia no nos incline á tachar las obras del Artífice supremo. Si atendemos solo á la utilidad, caeremos en vicio por amar la naturaleza en sí misma y no en Dios, á quien todo sirve para sus fines, como los mosquitos para castigar la altivez de Faraon. Aunque el sol y el fuego sean insufribles quando nos quemán, ¿quántas comodidades nos traen, ni qué objeto hay mas

deleytable que sus resplandores? Todas las naturalezas son buenas porque tienen ser y estan en su orden respectivo, y todas caminan por las sendas que la divina ordenación las señaló; y aun quando faltan porque se corrompen, de tal suerte dexan de ser, que resulta el ser de otras, comunicándosele el que por esencia es, y el que debe ser alabado en la consideración de todas las naturalezas.

CAP. VI, VII y VIII. La verdadera causa de ser bienaventurados los ángeles buenos es porque teniendo en sí un bien limitado, se unieron con el que es sumo bien; pero los malos son infelices, porque volviéndole la espalda se convirtieron á sí propios, y como no se agregaron al bien eterno, como si ellos fueran capaces de ser bienaventurados con solas sus prendas naturales, se hicieron enemigos de Dios, al que toda criatura racional debe conocer y amar como fuente de toda bondad. Si buscamos ahora la cau-



sa de esta mala voluntad, la hallaremos en la nada de que Dios nos sacó, y no en las naturalezas que Dios crió. Dios hizo la voluntad buena; pero ninguno podrá decir que la voluntad buena hace el pecado que consiste en la mala voluntad. ¿Quién hizo la primera voluntad mala, si no pudo hacerla buena? La hizo el convertirse á la criatura poniendo en ella su felicidad en vez de volverse á Dios; y no es porque es mala la naturaleza de la criatura que escogió por fin de sus deseos, pues todo lo que Dios crió es bueno; pero es perversa la misma conversión á la criatura como fin, dexando á Dios. Suponiendo pues que dos viéron una hermosura humana, y se viéron tentados igualmente, y que el uno persevera en el amor á la castidad, y el otro cae, el primero conserva la buena voluntad, y la voluntad del que consintió se hizo mala. La naturaleza no fue la que la hizo mala, porque la naturaleza es buena por

ser Dios su autor; luego en haber sido formados de nada, por lo qual somos defectibles, y no en el ser que Dios nos dió, está el principio de poder el hombre ó el ángel siendo buenos hacerse libremente malos. Ninguno pues busque causa eficiente de la mala voluntad, porque solo hallará causa deficiente, supuesto que lo malo de la voluntad es defecto y no efecto. Querer buscar las causas de lo que es falta, es lo mismo que querer ver las tinieblas, ó oír el silencio: no podemos dudar que hay tinieblas, pero ninguno las verá. Como no son cosa positiva, sino una privación de luz, no nos envían especie propia en que las veamos, y solo falta la especie de la luz, y en esto las conocemos: á este modo lo malo de la voluntad es la falta de justicia y rectitud en su elección, quando debiera siempre la voluntad resolverse á una elección acompañada de rectitud. De este modo, porque voluntariamente elige algun objeto



contra justicia, se sigue el justo castigo; no porque el objeto es malo, pues Dios le crió bueno. La avaricia no es vicio del oro, la jactancia no es vicio de las alabanzas humanas, sino de la voluntad que apetece el oro ó las alabanzas, y no según el orden de Dios.

CAP. IX. Habiendo dicho que la mala voluntad no tenía causa eficiente, porque toda causa eficiente es buena, pregunta si se ha de pensar así de la voluntad buena en los ángeles; y responde, que pues ellos fueron hechos, también su voluntad buena fue hecha por Dios que los crió con ella; porque si hubieran sido criados sin la buena voluntad, y después se la hubieran ellos formado, si se hubieran hecho mejores que lo que Dios los hizo; pero esto no pudo ser, porque ninguno hace las cosas mejor que Dios: más si los ángeles hicieron la buena voluntad, ¿la hicieron con voluntad buena ó con mala? Con esta no puede ser, con la buena menos, por-

que se supone que ya la tenían, ¿y quién se la había dado sino el que los crió con amor casto para que se unieran con él, por lo qual nunca los santos ángeles estuvieron sin la voluntad buena que consiste en el amor de Dios? Pero los malos se separaron de Dios por su voluntad, no por su naturaleza que Dios crió buena; porque no lo bueno, sino el separarse del bien es la causa de la mala voluntad; y así debemos decir que en los ángeles buenos se derramó la caridad de Dios como en los Santos, y todos los que participan de este bien componen la Ciudad de Dios, y son templos suyos, bien que parte de esta santa ciudad anda peregrinando en la tierra.

CAP. X, XI y XII. Son vanas todas las conjeturas sobre la creación del género humano, y no tenemos testimonio verdadero más antiguo que las santas Escrituras. Estas nos dicen los inventores de las artes, y los pobladores de las dife-



rentes partes de la tierra. Los que dicen que ha habido trastornos universales con terremotos y diluvios en que han quedado muy pocos que después han repoblado, dicen lo que imaginan y no lo que saben, pues no tienen de estos libros noticias. La carta de Alexandro el Magno á su madre de lo que le contó un Sacerdote Egipcio, es un despropósito, pues daba ocho mil años al Imperio de los Persas y Macedonios, y según los mismos Griegos, hasta Alexandro, con quien hablaba, solo había durado quatrocientos ochenta y cinco años. Si esta carta tan pública se aparta tanto de la verdad, ¿qué diremos de las antigüedades fabulosas contra la autoridad de los santos libros, que son los primeros, y de los que anunciaron los Profetas que todas las gentes los darian fe, como ya se ha cumplido? No se detiene el Santo en impugnar á los que sobre sola su palabra decían que este mundo se deshace al cabo de algunos años, y

vuelve á nacer. A otros que dicen que es muy corto el tiempo de seis mil años de mundo, ¿que como no se hizo tantos años antes? Responde, antes del mundo no hubo años ni tiempo; y así discurren en una suposicion falsa: lo que hubo antes del mundo es la eternidad sin principio ni fin, y nunca podemos comparar con ella el tiempo. Si el mundo durara hasta seiscientos mil años, tambien podrían preguntar nuestros descendientes esto mismo, y la propia questão pudo hacer Adan á dos dias de criado; porque comparado el tiempo, que tuvo principio con la duracion de las cosas criadas, con la eternidad que no le tiene, lo mismo pesan seiscientos mil años que dos dias. Esta dificultad solo la padecen los que falsamente imaginan muchos años sucesivos antes de la creacion; pero se fundan en una idea de lo imposible.

CAP. XIII y XIV. No acertaron los filósofos con esta solucion de la dificultad



antecedente, y pensaron que siempre sin principio habia habido las mismas cosas; pero que dan vuelta con la revolucion de siglos y mas siglos, naciendo y renaciendo el mundo: y siendo el alma inmortal, aun segun su sentir, tambien la hacen caminar continuamente á la falsa bienaventuranza; pues no puede ser verdadera aquella en que no esté segura de no volver á la miseria: tan impiamente han entendido algunos á Salomon, que juzgan que estas palabras: no hay cosa nueva debaxo del sol....ninguno puede decir esto es nuevo, porque ya fue en los siglos anteriores, hablan de sus imaginarios circuitos, quando bien se ve que quiere decir, antes hubo hombres y miserias, y ahora tambien &c. Entiendan este lugar en hora buena, porque para Dios no hay cosa nueva, pues todas las mira en su divina sabiduria como hechas <sup>x</sup>; pero

<sup>x</sup> *In circuitu impij ambulat.*

Dios nos libre de creer con los impíos que andan en torno esos círculos en que el mismo Platon se verá otra y otras veces en la misma Atenas con los mismos discípulos oyendo las mismas palabras &c. Lo que sabemos de cierto es que una vez murió Jesu-Christo por nosotros, y resucitó, y por mas révoluciones que haya, ya no muere, y nosotros estaremos siempre con él: fuera del camino de la fe todo es rodeo y confusiones. Ninguno con solo su entendimiento penetrará como no teniendo Dios principio, y siendo su voluntad inmutable, crió con principio al hombre; quando no se puede decir que le vino alguna cosa de nuevo. Digamos con David: *imaginen otros lo que quieran, vos, Señor, multiplicaste segun tu grandeza los hijos de los hombres.* Es asunto superior á nuestra comprehension como pudo ser que Dios criase al hombre, que no habia criado, sin mudar por esto de consejo.

CAP. XV y XVI. Aquí no se atreve el



Santo á resolver muchas quæstiones que se propone: pues es preciso decir que Dios siempre es y fue Señor, y nunca dexará de serlo: pero se ofrece la dificultad de ser imposible que hubiese criatura coeterna á Dios; porque lo que es hecho supone la existencia del artífice: y así por mas que se quiera anticipar la creacion de los ángeles, siempre será contra la fe y la razon decir que siempre fuéron. Pero cómo no fuéron siempre, si fuéron en todos tiempos? Podria responder el Santo: que hay siempre del tiempo, y siempre de la eternidad: el siempre del tiempo con el tiempo tuvo principio, y empezó á contarse por la sucesiva duracion de las criaturas. El siempre de la eternidad es la duracion de Dios, y este siempre ni empieza ni pasa sucesivamente, y en realidad á esto se reducen los muchos pensamientos que el Santo da á entender pasaban en su entendimiento angélico. Pero dice: no quiero que les parezca á algunos que mas

fácilmente afirmo lo que ignoro, que enséño lo que sé; y así vuelvo á lo que nuestro Criador quiso que supiésemos obedciendo al precepto del Apóstol: "mando á qualquiera de vosotros que no intentéis saber mas de lo que conviene, sino que seáis sabios con moderacion:" nuestro entendimiento es como el niño, que si le dan el alimento conveniente crecerá, si se le dan sobre sus fuerzas desfallecerá. Lo que dice San Pablo: que Dios nos prometió la vida eterna antes de los tiempos eternos, quiere entenderse que por mas que se quiera contar tiempos y tiempos, siempre estaban antes decretados en el Verbo coeterno al Padre los que habia de salvar en el tiempo por los méritos de su Hijo.

CAP. XVII, XVIII y XIX. De la fe con que creo que no hubo hombre alguno antes que Dios criase á nuestro primer padre, no me apartarán los argumentos de los filósofos. El mas agudo argumento



que nos hacen supone que con ninguna ciencia se pueden comprender las cosas que son infinitas, y así todas las razones que hay en Dios de las cosas serán infinitas: por lo qual dicen, para no entender un Dios ocioso es preciso decir que siempre hizo, y siendo infinitas las cosas por no haber mas infinito que Dios, dígame que siempre está disponiendo los círculos por donde unas mismas cosas acaban y empiezan. Aunque la razon, dice el Santo, no pudiera refutar este argumento, la fe se reirá de él, porque ya el Apóstol conoció en qué consistia la confusion de los filósofos. Consiste pues en que comparándose y midiéndose á sí mismos no se entienden á sí mismos; esto es, miden á Dios por la idea que tienen de sí mismos, y como ellos mudando de parecer se resuelven á lo que antes no habian determinado, juzgan que Dios es lo mismo, y le comparan con su miseria. Dios con una misma voluntad inmutable

hizo que no fuesen las cosas en tanto que no fuéron, y que fuesen quando empezaron á ser; y así manifestó que no necesitaba de las cosas que crió, sino que las dió el ser por sola su bondad. Quando dicen los filósofos que ninguna ciencia puede comprender las cosas infinitas, se contradicen, porque los números son infinitos, pues pueden infinitamente añadirse y multiplicarse, y es preciso confesar con Platon que pertenecen á la ciencia de Dios, ¿y cómo podrá ignorarlos aquel cuya inteligencia no tiene número? Es vana presuncion del hombre poner límites á la ciencia infinita que todo lo abraza en sí con presciencia eterna. Es verdad que en la Escritura se ponen *los siglos de los siglos*; pero aunque pueden entenderse por la eternidad, de la qual se derivan en cierto modo los siglos del tiempo, y tambien puede entenderse de estos que se van sucediendo, nada prueba aquella expresion acerca de estas revoluciones